



www.loqueleo.com

© 2011, Ana Catalina Burbano

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-296-7

Derechos de autor: 040358

Depósito legal: 004886

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Mayo 2011

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Enero 2016

Décima sexta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Tito Martínez

Actividades: Marlon López

Corrección de estilo: Marlon López (libro) y María de los Ángeles Boada (actividades)

Diagramación: Ramiro Jiménez

Supervisión editorial: Sylvia Gómez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Muestra
promocional

Prohibida su venta

Cuando seas grande

Ana Catalina Burbano

© Santillana



loqueleto



A papá y mamá, cuando sean grandes.

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Tani	11
El primer día de clases	19
Lo que escondía la torta de cumpleaños	29
Sordo, loco y ciego	43
El amigo	51
La culpa la tiene Tani	59
El fantasma que vino del mar	65
Mamá y papá	75
Fábula de una estrella y un duende	87
Cuando seas grande	93
El teatro de los duendes	103
Biografía	117
Cuaderno de actividades	119



Tani era flaquita y frentona; tenía el cabello escaso, un lunar que brillaba como una mosca encima de la ceja izquierda y, por si fuera poco, usaba unos lentes gruesos, los llamados «lentes de botella», pero ella nunca olvidaba ponérselos, porque de lo contrario habría ido por ahí dándose de tropezones y, al llegar la noche, habría tenido los codos y las rodillas lastimados.

11

Algunos niños afirmaban que Tani era un auténtico patito feo: «¡Cuatro ojos!, ¡frentona!, ¡patas flacas!, ¡mosca-muerta!, ¡pelada!». Ya casi se había acostumbrado a escuchar estas muestras de cariño, inclusive de boca de sus propios hermanos, dos diablejos que se entretenían haciéndole la vida imposible.



Y aunque no faltaba quien creyera que a su edad su aspecto físico debía importarle poco, cuando tenía que peinarse para ir a la escuela, Tani prefería hacerlo frente al vidrio oscuro de la ventana de su cuarto. Gracias a los tonos verde-azulados de los vidrios que cubrían la pequeña ventana, se complacía observando cómo se desdibujaban sus bien conocidos rasgos, esos que los espejos le devolvían intactos haciéndola sentirse triste y avergonzada cada vez que se descubría reflejada en alguno de ellos.

13

Así fue como la descubrí, observándose de reojo, perdida en sus ensoñaciones como casi siempre. Imaginándose que era y no era Tani. Tratando de encontrar para sí misma un rostro nuevo, entre los múltiples semblantes que le ofrecía esa ventana mágica.

Mamá, que era muy linda, le había regalado un espejito de mano. El espejito, dorado y reluciente como un fino pez de oro, era una verdadera joya que la hijita de cualquier amiga suya habría querido tener. Aunque esto resultara di-

fácil, porque mami se lo había comprado a un marinero errante, de esos que pasan solamente una vez por la ciudad donde uno vive. Y aunque Tani gustaba mucho del espejito, que parecía recién salido del fondo del mar, se las ingeniaba para dejarlo olvidado en cualquier parte, por lo que mamá había llegado a la conclusión de que su hijita era extraña.

Papá, en cambio, cuando la encontraba soñando despierta, proclamaba con una amplia sonrisa:

—¡Mi Tani es guapa e inteligente como su padre! —y lo repetía con voz triunfante para que todos lo oyeran.

Entonces, Tani se quedaba calladita pensando que su papi era feo pero inteligente, porque cada vez que la encontraba distraída adivinaba lo que ella estaba pensando.

El caso es que cuando el padre hacía esta clase de cosas, Tani se volvía un poco más chica, como que se encogía, lo cual hacía que su frente apareciera más grande de lo que ya era. Por eso a nadie que tuviese un poco de sentido

común se le ocurría decirle esas cosas, excepto a papá, que tenía un alto concepto de sí mismo.

Un día llegó de visita una vecina, amiga de mamá, que era muy buena persona pero despistada. Cada vez que se encontraba con Tani, lo primero que hacía era recordarle:

—¡Ay, Tani, cada vez más parecida a su papá!

La vecina en cuestión, a quien todos admiraban porque tocaba el saxo en una banda de jazz, apareció saludando a Tani con voz cantora:

—¡Tani, la niña de la sonrisa de porcelana!

Tani pensó en la vajilla que su madre exhibía en la vitrina del comedor. Seis tacitas con forma de tulipanes, ocho platillos que parecían hojas de parra y dos teteras de cuello largo, todo de fina porcelana blanca con bordes dorados. La vajilla parecía una señora de cuello estirado. «Algo quisquillosa», había dicho Tani, porque nadie podía tocarla ni acercársele demasiado.

Mami estaba orgullosa de ella, de la vajilla, que era un recuerdo de familia y por eso

la guardaba con siete llaves, junto a la tetera alemana de la abuela, una que tenía un faro azul pintado a mano y al cual Tani contemplaba imaginándose cómo sería la vida de la persona que vivía ahí adentro. Muchas veces se vio a sí misma viviendo en un faro, avistando buques fantasmas en una isla perdida del fin del mundo, donde el único espejo posible serían las aguas del mar, siempre tersas y verdeazuladas.

¡Tani, la niña de la sonrisa de porcelana! Esto era lo que había dicho la vecina. Y mami estaba orgullosa de su vajilla de porcelana, eso lo sabían todos. ¡Pero nunca había dicho que estuviese orgullosa de la sonrisa de Tani! De eso ella estaba segura.

Pasó la tarde muy atareada, yendo y viniendo, entre la vitrina del comedor y el vidrio oscuro de la ventana de su cuarto, tratando de descubrir qué tenían en común su sonrisa y la vajilla de porcelana. Pero fue inútil: al llegar la noche no había encontrado todavía una explicación. Intentó calmarse pensando que, dado

que la vajilla de porcelana era una cosa que todos admiraban, a lo mejor había en su aspecto físico algo de lo cual podía sentirse orgullosa... Un detalle que, bien mirado, hasta podía llegar a resultar bonito o elegante. Quizás se trataba de algo tan especial que no podía verse reflejado en ningún espejo. Y se ilusionó tanto con esta idea que durante la cena llegó a escapársele lo que había dicho la vecina... Entonces mami, que era una persona de respuestas rápidas, replicó sonriente:

—¡Eso es porque cepillas muy bien tus dientes!

Y aunque todos se sorprendieron alegremente al ver que salía corriendo en busca de su espejito de mano, nadie entendió después por qué lloró tanto al darse cuenta de que sus dientes eran tan blancos y brillaban con tanta fuerza como la vieja vajilla de porcelana.

El primer día de clases



Esa noche todos reían y hablaban hasta por los codos, también las tías y la abuela, que estaban de visita. Carmelina, la joven que cuidaba a los niños, e Irene, la encargada de la cocina, también intercambiaban risitas de complicidad con mamá. Tani escuchó que hablaban de los seres sobrenaturales que cuidan el bosque y de los animales silvestres, del gorjeo de la lluvia y de la marimba que brota como un murmullo del corazón de los árboles.

19

Papá sonreía discretamente en su mecedora de lona roja, vestía pantalones cortos y estaba sin camisa. Siempre tenía calor porque había nacido lejos de allí, en el alto páramo de la cordillera de los Andes, donde habitan el cóndor y el viento frío del Norte.

El ambiente era de alborozo y a Tani le resultaba desagradable. Los demás sonreían y la observaban con aires de saber algo que ella, tan imaginativa como era, ni siquiera podía sospechar. Solamente sus dos hermanos menores, Dino y Vito, no daban muestras de interés: jugaban distraídos con unos carritos de madera que papi había traído al volver del trabajo.

Al dar las ocho en punto mandaron a los niños a la cama. Primero a Tani, porque al día siguiente tendría su primer día de clases. Ella se fue a dormir sin comprender bien el porqué de tanto alboroto. No le agradaba la idea de tener que salir de su casa para ir a pasar el día en un lugar lleno de niñas y niños que no conocía. Allá estaría también la amiga de su mamá, aquella que gustaba de su sonrisa de porcelana, y a la cual, últimamente, no podía saludar sin sentir un nudito en la garganta.

Prefería continuar con su vida sencilla, como hasta ahora, jugando a las escondidas con sus hermanos y escuchando las historias que le contaban Carmelina e Irene.

Lo que había acabado por confundirla más era que Gito, el sobrino de la costurera, llegó con un paquete muy bien arreglado del cual su mamá sacó un overol de color azul marino y una camisita a cuadros. Tani vio que esto le arrancó a mami una sonrisa y una lágrima.

—¡Se ven tan lindas las niñas con pantalones! —había dicho ella.

Al menos esto fue lo que le pareció a Tani escuchar poco antes de que apagaran la luz de su habitación. Se quedó un rato sentada en la oscuridad. Trataba de convencerse de que ese overol y esa camisa eran para alguno de sus hermanos.

Su madre era muy sensible, se ponía roja, se le aflautaba la voz y se le humedecían los ojos por cosas que a los demás les resultaban obvias. Eso pensó Tani antes de quedarse dormida. Ya con la carita en reposo sobre la almohada, susurró por última vez:

—No quiero ir a la escuela.

Cuando volvió a abrir los ojos ya era de día. La luz se filtraba a través de su mosquitero de algodón blanco, porque en la ciudad don-